

EMMA CARENINI

SOL

MITOS, HISTORIA Y SOCIEDADES

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS DE
SALOMÉ LANDIVAR Y MELINA BLOSTEIN



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 38

Título original: *Soleil. Mythes, histoire et sociétés*

© De la edición original, Le Pommier/Humensis, 2022

© Del texto, Emma Carenini, 2022

© De la traducción del francés, Salomé Landivar y Melina Blostein, 2023

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2023

Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril, 2023

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección ortotipográfica: Luis Porras

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-16876-81-5

Thema: NHTB, 1ZMA

Depósito legal: M-6294-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

INTRODUCCIÓN	11
Lo que el sol hace a los hombres	11
Un pensamiento nacido al sol	16
Un principio de civilización	25
La sabiduría de los hombres despiertos	30
1. DEL DIOS SOL AL ASTRO DEL DÍA	33
El nacimiento de los cultos solares	35
El sol arrancado a los dioses	47
Cuando el sol unificaba los imperios	52
La arquitectura religiosa: un cofre para el sol	64
2. ENTRE EDAD DE ORO Y UTOPIA	75
El sol brilla sobre todas las utopías	77
El sol contra los bárbaros	83
3. CUANDO EL SOL DABA LA HORA	101
La jornada laboral en discusión	103
El tiempo rural, tiempo cósmico	107
El reloj de sol, observatorio del mundo	110
4. LOS NUEVOS SOLES DE LA CIENCIA MODERNA	117
No uno, sino varios soles	118
El sol en el telescopio	125
La modernidad, ¿una nueva filosofía de la luz?	130
5. ¿UN OBJETO DE LUJO?	137
El sol, ¿un bien público?	138
El sol en la casa	143
Acaparar el sol	149
El modelo de vida de las élites europeas	159
Descentralizar el sol	165

6. EL SOL ES SALUD	169
Un objetivo de salud pública	170
La edad de oro de la medicina por medio del sol	176
7. ROBAR EL FUEGO DEL SOL	189
En el origen de toda energía humana	190
¿El sol agotado?	197
8. ELOGIO DEL SUR	203
CONCLUSIÓN	211

Dentro de un momento, cuando me eche entre los ajenjos para que su perfume penetre en mi cuerpo, tendré conciencia, contra todos los prejuicios, de realizar una verdad que es la del sol y que será también la de mi muerte. En cierto sentido, es mi vida lo que me juego aquí, una vida con sabor a piedra caliente, llena de los suspiros del mar y las cigarras que comienzan a cantar ahora. La brisa es fresca, y el cielo, azul. Amo esta vida con abandono y quiero hablar de ella libremente, pues me ofrece el orgullo de mi condición humana. Sin embargo, me han dicho a menudo que no hay de qué gloriarse. Sí, hay de qué: este sol, este mar, mi corazón que brinca de juventud, mi cuerpo con sabor a sal, este inmenso decorado en el que la ternura y la gloria se dan cita en el amarillo y el azul. A conquistar esto debo aplicar mi fuerza y mis recursos.

ALBERT CAMUS, *Bodas en Tipasa*, 1959

Introducción

LO QUE EL SOL HACE A LOS HOMBRES

El sol va a elevarse sobre el Partenón. Despunta tras el monte Himeto, donde brillaba débilmente hace unos instantes. No hay mañana en que no entre en escena. En las sombras, se perfilan unas columnas anaranjadas. La luz pronto hará que se vean blancas, como las de los templos de Paestum, de Éfeso o como las cabezas de los faraones en el templo de Abu Simbel. Un poco más tarde, el mismo sol se eleva sobre los pequeños puertos de Argelia y de la Provenza. Las piedras ya están calientes y cantan las primeras cigarras. El sol brilla sobre los olivos de la campiña romana. Pronto arroja sus rayos sobre el gnomon de una iglesia en Francia.

El mundo sigue viviendo y, por encima de él, el sol nunca ha interrumpido su curso. Su carro avanza todos los días al mismo paso por un cielo en el que jamás hubo catástrofe alguna que realmente le opusiera resistencia. Con un movimiento regular, como un Sísifo en llamas, ilumina los paisajes indiferentes. Las generaciones de hombres se han sucedido, y la luz que les calienta los hombros mientras trabajan es siempre la misma. A veces, el pasado y el presente se encuentran en la eternidad: es cuando el sol nos inunda con su luz. Si bien nada nos devolverá el

sonido de la voz de las generaciones pasadas, la luz del sol, por su parte, está llena de ecos de ayer, pero también de mañana.

Los grandes puertos del Mediterráneo, las plazas de los pueblos iluminadas por el sol, las aguas blancas, los chicos que cazan cigarras entre los perfumados pinos: para nosotros, se trata de escenas que pertenecen a un folclore, el del sur, o a un momento, el de las vacaciones de verano. Son paisajes pintorescos que parecen sacados de una postal. No obstante, hay en ellos un espíritu que uno quisiera captar: un sentimiento del sur, que ya no es solo del sur, que es universal. Se trata de Camus, Pagnol, Valéry, Mistral, Jacqueline de Romilly, Giono, Cézanne y tantos otros; hombres y mujeres de letras, cineastas y otros artistas que pusieron la luz en palabras y en imágenes. Todos enaltecen el esplendor de ese sur del que vienen. Escritores en lengua de oc, apasionados de la Provenza, amantes de África del Norte, a veces aficionados a la historia de América del Sur, expresan su nostalgia del sol en cuanto entran en la neblina triste de las ciudades del norte. Estos amantes de la luz son vivos testigos de un periodo, muy largo y próspero, en el que las sociedades humanas eran conscientes de estar en deuda con el sol.

En la actualidad, ese gusto por la luz, que es también el gusto por la grandeza, parece haber pasado a un segundo plano en nuestros imaginarios. Jacqueline de Romilly, justamente, nos lo recordaba en una de sus obras póstumas: la civilización griega, madre del pensamiento occidental, concedía una gran atención a la luz del sol:

[Los griegos] me ayudan a recuperar, día a día, la admiración que el mundo moderno pareciera tender a acallar en nosotros. Y para empezar, esta primera maravilla: ver la luz. Así es como los griegos definían el hecho de vivir. Y las palabras contienen ya —nunca mejor dicho— una especie de iluminación. Simplemente eso: la luz.¹

Desde el nacimiento hasta la muerte, la vida de los antiguos griegos giraba en torno al sol. En sus tragedias, el astro del día vela por Fedra, Edipo y Antígona. Mientras agoniza, Áyax grita al cielo: «Sol, vengo a verte por última vez». De este modo, los griegos rendían homenaje no al agobiante sol del verano, sino a la luz de Grecia, a la que deben su blancura los mármoles y su resplandor el mar, a la que Esquilo llamaba la «abundante sonrisa de las olas marinas».² La luz constituye la materia de nuestros días, y eso maravillaba a los griegos a diario. Sin embargo, «abrumados por las preocupaciones, apretujados en el subte en nuestras ciudades demasiado pobladas, con la vista en el diario y el corazón apurado, nos olvidamos de eso».³ Exceptuando a algunos amantes del Mediterráneo, hoy en día esa luz nos deja indiferentes. Ya no la vemos. Pasa sobre nosotros como algo transparente y normal.

Y, sin embargo, en ciertos lugares y momentos esa banalidad ya no es tal. Cada vez que entramos en

1 De Romilly, J. (2012): *Ce que je crois*, París, Éditions de Fallois, p. 16.

2 Esquilo (1993): *Prometeo encadenado*, en *Tragedias*, trad. de Bernardo Perea Morales, Madrid, Gredos, v. 90, p. 546. [N. del E.]

3 De Romilly, J., *op. cit.*, p. 17.

esos universos de olivos plateados, ojos encandilados por el sol y piel seca cubierta de vello aclarado por el mar, nos invade el mismo escalofrío ante la luz cruda, omnipresente. Reconocemos en ella la claridad de algo evidente, de una alegre despreocupación, de un espíritu al que la alegría ha vuelto liviano y el sentido, solemne. Los autores que alaban la luz del sol son los griegos de hoy en día. Son los herederos de una filiación, no los heraldos de tradiciones locales moribundas. Bajo el sol de sus relatos, la despreocupación se balancea en el espacio; la seriedad ha quedado a un lado. No dejan pasar la alegría de ver cómo las cosas se cubren de un suave resplandor naranja por la mañana o cómo el follaje de los árboles crepita bajo la luz. Esos espíritus «heliotropos» no necesitan estar en la tierra de Cézanne para que todo esto los conmueva; están atentos a los más mínimos movimientos del sol sobre los rostros, las fachadas y los detalles del mundo. Así como el narrador de *En busca del tiempo perdido* aguarda la luz del pasillo bajo la puerta a la hora de dormir, ellos aguardan la del sol en cada instante y cada cosa, aunque solo sea anecdótica, como Homero señalaba al pasar, en una frase, «los vestidos brillantes» de las mujeres que lavaban su ropa en los amplios y hermosos lavaderos de piedra.⁴ Son como Pagnol, que se maravilla con nostalgia ante la luz abundante de las plazas de los pueblos, donde los hombres juegan a las bochas, bajo la sombra jaspada de los plátanos. Como Aristófanes, enaltecen los placeres del verano, ven crecer los higos y las uvas,

4 Homero (1993): *Odisea*, VI, trad. de José Manuel Pabón, Madrid, Gredos. [N. del E.]

entre los cantos de las cigarras. Son como Camus, que se detiene ante los paisajes quemados de las antiguas provincias romanas de la Argelia de su infancia:

En primavera, Tipasa es habitada por los dioses y los dioses hablan en el sol y el olor de los ajenjos, el mar acorazado de plata, el cielo azul crudo, las ruinas cubiertas de flores y la luz que cae a grandes borbotones en las hacinas de piedra.⁵

Quienes no han nacido en las tierras meridionales en ocasiones se quedan perplejos ante tamaña pasión por el astro del día, por su luz y su calor. Desde la revolución industrial, nuestras sociedades son menos dependientes —solo en apariencia— del sol y de sus beneficios; ya no tenemos la misma vida que nuestros ancestros, sincronizada con el ritmo del día. El sol nos parece, a lo sumo, un detalle encantador, y no un eje que estructura nuestro mundo. Y, sin embargo, nuestra época, quizás más que las demás, merece preguntarse por la relación que mantiene con él. Las preocupaciones ecológicas y medioambientales nos han recordado los peligros de su poder: sus rayos contribuyen al calentamiento global, y nos enfrentamos a la promesa de veranos cada vez más tórridos. No obstante, también nos recuerdan sus beneficios: ¿la energía solar no es acaso una de las energías renovables más prometedoras? Mientras nuestras sociedades se replantean su relación con el trabajo, la

5 Camus, A. (2011): «Bodas en Tipasa», en *Bodas. El verano*, trad. de Aurora Bernárdez, Alberto Luis Bixio y Jorge Zalamea, Buenos Aires, Debolsillo.

vivienda, el espacio y la justicia, el acceso de todas las personas al sol constituye una parte esencial del bienestar colectivo. De un modo más amplio, el lugar del sol es esencial en la definición que nuestra sociedad pretende dar de sí misma.

Como veremos en las páginas que siguen, cada civilización le ha otorgado un papel singular, a tal punto que se podría decir: «Dime cuál es tu sol y te diré quién eres». En un momento en el que se habla mucho de la pérdida de referencias colectivas, nuestro vínculo con el sol puede contribuir a forjar referencias comunes, como ya ha ocurrido en la historia, en crisis anteriores. Pese a las apariencias, el sol nunca ha sido algo obvio; ni su acción sobre la agricultura ni su efecto sobre los cuerpos ni la espiritualidad que se le asocia son derechos adquiridos. Para sacar el mejor provecho de sus beneficios, nos hizo falta el trabajo acumulado de varios siglos. Para cada sociedad, el sol siempre es un objetivo por conquistar; ofrece inmensas oportunidades de pensamiento, acción, prosperidad o felicidad, pero esas oportunidades siempre deben tomarse y hacerse fructificar. El sol no es algo dado; es una conquista.

UN PENSAMIENTO NACIDO AL SOL

La reflexión no es un acto aislado; está sometida a lo real o, al menos, encuentra allí su origen. El pensador no piensa de forma independiente del mundo en el que vive. Cada pensador tiene un cuerpo. La metafísica se desarrolla a partir de lo real. No tenemos el mismo modo de reflexionar, imaginar o filosofar dependiendo del lugar en el que vivimos. Así, la vida

al sol ha dado forma a un pensamiento particular. Algunos lo llamarán pensamiento «mediterráneo». Paul Valéry escribe lo siguiente al respecto:

Vean cómo la pureza del cielo, el horizonte claro y límpido, una noble disposición de las costas pueden no solamente ser condiciones generales de atracción para la vida y para el desarrollo de la civilización, sino también elementos estimulantes de esa sensibilidad intelectual particular que apenas se distingue del pensamiento.⁶

¿Cuál es, entonces, esa sensibilidad intelectual particular que nació a la luz del Mediterráneo? ¿Qué provoca la luz en nuestros sentidos para dar origen a esa filosofía? Camus lo mostró con claridad: aunque sea un objeto astronómico, para los hombres el sol no es ante todo una cuestión científica. Es un asunto del cuerpo. Al sumergirnos en la plena luz de un día de verano, nos elevamos sorprendentemente. La luz ilumina las partes de nuestro cuerpo, disminuye el sonido de nuestra voz. El sol nos vuelve extrañamente silenciosos. El poeta Leconte de Lisle lo describe bien: al mediodía,

Silencio. Arde el aire y abrasa sin aliento;
la Tierra se adormece bajo un manto de
llamas.⁷

6 Valéry, P. (2010): «Inspiraciones mediterráneas», en *De Poe a Mallarmé. Ensayos de poética y estética*, trad. de Silvio Mattoni, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2010, pp. 184-185.

7 Leconte de Lisle (2016): «Cenit», en VV. AA., *Antología de la poesía parnasiana*, trad. de Miguel Ángel Feria, Madrid, Cátedra.

El brillo del sol nos lleva a la exterioridad del mundo, mientras que la noche nos vuelve hacia una palabra interior. El sol trae alegría a los contempladores del mundo. Lo aman los curiosos y los extrovertidos. Al sol, la estructura sensorial del cuerpo cambia. La luz de una tarde de verano primero nos enceguece; incluso con los ojos cerrados, resplandece en nuestros párpados, trazando puntos y líneas que siguen la mirada, residuos de la imagen percibida antes de cerrar los ojos. El sol es implacable. Sin embargo, rápidamente nos ofrece una potencia nueva. La luz establece vínculos entre las cosas y, en primer lugar, entre el mundo, nuestros pensamientos y nuestros actos. Ese es el sentimiento que describe Paul Valéry:

A plena luz, existía un encadenamiento de nuestros pensamientos con las cosas por medio de nuestros actos. Intercambiábamos sensaciones por pensamientos y pensamientos por sensaciones; y nuestros actos servían como intermediarios, nuestro tiempo servía como moneda.⁸

La luz del sol es el enlace entre las cosas del mundo; todo está «bañado» de luz, como suele decirse, y ese baño luminoso unifica una realidad que, no obstante, es heterogénea. Por el contrario, la noche es el campo de fenómenos discontinuos. Durante la noche, todos los objetos están separados por un abismo. No hay nada que pueda establecerse de vínculo entre ellos, más allá del tacto que se reduce

8 Valéry, P., *op. cit.*, p. 34.

estrictamente a las dimensiones del cuerpo. Solo existe, entonces, aquello que puedo tocar u oír. Como mi cuerpo se ve limitado, su campo sensible lo es también, necesariamente. La percepción se desintegra; ya no es más que una sonata de ruidos inquietantes. «En cuanto cae la noche, alterase nuestra sensación respecto a las cosas más próximas. Ahí está el viento, que merodea como por caminos prohibidos, murmurando, como buscando algo, enojado porque no lo encuentra»,⁹ escribe Nietzsche. El soplo del viento, el parqué que cruje bajo un zapato, la respiración de alguien que duerme; la noche se ofrece de manera discontinua. Se narra en fragmentos. Es cierto, está la «luz de las lámparas, de tétrico, rojizo brillo, titilando laxamente, resistiendo desganadamente a la noche, esclava impaciente del hombre que vela».¹⁰ Al dormir, cuando nuestro pecho se eleva, sentimos el corazón acongojado, y cuando la respiración se vuelve pausada, en un silencio de muerte, pensamos: «¡Descansa un poco, pobre espíritu atormentado!».¹¹ Por la noche, no somos más que el receptáculo pasivo de ruidos dispersos e inquietantes. Poblamos la sombra con nuestras angustias. La noche es la escena virgen de todos nuestros tormentos, el margen de vacío en el que nuestros temores cobran vida. Por el contrario, al sol, la percepción se extiende sobre un campo de fenómenos continuos; se ve intensificada por una luz que

9 Nietzsche, F. (2007): «El caminante y su sombra», en *Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres*, vol. II, trad. de Alfredo Brotons Muñoz, Madrid, Akal, p. 119.

10 *Ibid.*

11 *Ibid.*

se extiende mucho más allá de los límites del cuerpo y nos permite percibir vínculos antes insospechados.

Por todo eso, el Mediterráneo, más que otras regiones menos soleadas, pudo dar origen a un «yo universal», ese «yo» de la filosofía que no piensa en nombre del individuo singular, sino en nombre de un «yo» anónimo, el de la humanidad. El vínculo que se establece entre la filosofía occidental y la luz es ancestral. Nietzsche evocó la impresión solar que le daba la lectura de los filósofos de la Grecia antigua. Al leer a Epicuro, se sentía invadido por un singular placer. Afirmaba «disfrutar de la felicidad de la tarde de la Antigüedad»:

Con todo lo que de él oigo o leo; veo a su ojo mirar hacia un mar amplio y blanco, por encima de acantilados en los que reposa el sol, mientras que animales pequeños y grandes juegan en su luz, seguros y tranquilos, como esta luz y su propio ojo. Solo alguien que sufre continuamente ha podido inventar tal felicidad, la felicidad de un ojo para el cual el mar de la existencia se ha quedado en calma, y que ahora ya no puede saciarse de mirar su superficie y la multicolor, delicada, estremecida piel del mar: nunca hubo antes tal modestia de la voluptuosidad.¹²

La filosofía occidental nace de una sensación, de un entorno de percepciones. Surge de una fascinación que es, en primer lugar, visual. No es casual que

12 Nietzsche, F. (2019): «Epicuro», en *La gaya ciencia*, trad. de José Jara, Barcelona, Ariel.

los griegos ponderaran la vista como el sentido más noble. Platón narra cómo los dioses fabricaron «los ojos portadores de luz»,¹³ forjándolos como un fuego interior con la capacidad de ir hacia su semejante y entrar en contacto con el fuego que proviene de los objetos exteriores. Ese fuego viene indirectamente del sol, que produce «esa percepción que denominamos visión».¹⁴ Todos los discursos del mundo son inútiles para quien nunca ha visto los astros, el cielo y el sol. Para los griegos, el mundo terrestre es un mundo errático, corruptible y caótico. Por el contrario, los astros no erran en líneas rectas y en movimientos finitos; giran en círculos, imágenes de lo infinito y de la perfección. La vista es, por tanto, el único sentido que permite participar de la perfección divina. Es la escalerilla de nuestra elevación ética: solo después de haber contemplado en profundidad el movimiento de los astros, después de haber calculado correctamente lo que ocurre en la naturaleza y después de haber imitado sus movimientos absolutamente perfectos, podremos alcanzar la armonía, es decir, habremos estabilizado todos los movimientos vagabundos de nuestra alma. El filósofo busca confundirse con el astro que ve. Busca proyectar en ese modelo tanto sus pensamientos como su conducta. Así pues, la observación del sol no constituye únicamente un estudio científico; nos permite elevarnos por encima de nosotros mismos.

13 Platón (1992): *Timeo*, en *Diálogos*, t. VI, trad. de M. Ángeles Durán y Francisco Lisi, Madrid, Gredos, p. 193.

14 *Ibid.*, p. 194.

De más está decir que es imposible ver si no hay luz. El sol permite ver el mundo, hacer que nuestra mirada y las cosas coincidan. Sin el sol, no hay formas, no hay mundo que mirar. Los griegos sabían profundamente que al ojo le gustan los relieves. Su arquitectura puede dar cuenta de ello. El ojo no se detiene en las superficies planas, sino en las aristas¹⁵ de las cosas. Un hombre que no puede contemplar el mundo es un hombre infeliz. Recordemos las palabras de Aristóteles en la *Metafísica*: «Todos los hombres por naturaleza desean saber». La cita es famosa porque anuncia el proyecto del conocimiento supremo. Sin embargo, lo que sigue inmediatamente después es igual de importante:

Señal de ello es el amor a las sensaciones. Estas, en efecto, son amadas por sí mismas, incluso al margen de su utilidad y más que todas las demás, las sensaciones visuales. [...] La razón estriba en que esta es, de las sensaciones, la que más nos hace conocer y muestra múltiples diferencias.¹⁶

Aristóteles afirma que hay un placer propio en *ver* las cosas, porque cuando las miramos ya empezamos a saber. Ese placer ya está contenido en el primer nivel de la sensación humana. La vista nos revela una multiplicidad de diferencias, formas y colores. El hombre no siente el mundo como los demás seres. ¿Qué otro animal observa el mundo por el placer de

15 Según una atinada afirmación del arquitecto Denis Laming.

16 Aristóteles (1994): *Metafísica*, 1, trad. de Tomás Calvo Martínez, Madrid, Gredos, p. 69.

observarlo? Ahora bien, el pensamiento no es algo abstracto, que se produce únicamente en los rincones oscuros de la mente. Al respecto, Paul Valéry escribe que la filosofía occidental está en deuda con la luz del Mediterráneo. Al igual que a las plantas, el sol la habría hecho «crecer». Habría desempeñado un papel fundamental en la génesis del abordaje filosófico del mundo en Occidente, pero también en el nacimiento de la ciencia, la geometría y la medición del tiempo:

Por otro lado, ese objeto sin igual, ese objeto que se oculta en su brillo insoportable, también desempeñó un papel evidente y capital en las ideas fundamentales de la ciencia. La consideración de las sombras que proyecta debió servir como primera observación para toda geometría, la que llamamos proyectiva. Bajo un cielo eternamente velado, sin duda no se hubiera pensado en ello; tampoco se hubiese podido instaurar la medida del tiempo, otra conquista primitiva que se realizó primero por medio del desplazamiento de la sombra de un estilete, y no hay instrumento físico más antiguo ni más venerable que una pirámide o un obelisco, gigantescos relojes solares, monumentos cuyo carácter era a la vez religioso, científico y social. El sol introduce pues la idea de una omnipotencia eminente y suprema, la idea de orden y de unidad general de la naturaleza.¹⁷

Valéry relata de forma exquisita las horas que pasó al sol; horas, distraídas en apariencia, de culto

¹⁷ Valéry, P., *op. cit.*, p. 184.

a sus tres deidades indiscutibles: el mar, el sol y el cielo. Contra todas las formas de erudición, contra el saber de los libros, se maravilla ante las lecciones vivas de la naturaleza. Los efectos del sol no se limitan al bronceado del cuerpo; hay, podría decirse, un bronceado de la mente. «Pregúntese un momento cómo pudo nacer un pensamiento filosófico». Para Valéry, resulta imposible responder sin transportar su espíritu a orillas de un mar iluminado. La luz, la extensión, el ritmo de las cosas son los ingredientes sensibles y materiales de todo pensamiento. La extraordinaria luz de las tierras mediterráneas no desempeña un papel menor en el nacimiento de la filosofía. «No veo qué libro puede poner de relieve, qué autor puede edificar en nosotros esos estados de estupor fecundo, de contemplación y de comunión», agrega. Y Valéry no habla únicamente de la luz natural. Habla del sol mismo, no del astro solar en el sentido de los físicos ni de la fuente de calor, elemento indispensable para la vida, en el sentido de los biólogos. Valéry habla de un sol del que no se habla con tanta frecuencia en filosofía: el «sol sensación». Para él, el sol es, ante todo, la condición de lo visible; gracias a su brillo, permite ver las cosas del mundo al dibujar sus contornos de luz y sombra. Es «amo de las sombras» tanto como de la luz: «Todo lo que vemos está compuesto por él, y entiendo por composición un orden de cosas visibles y la transformación lenta de ese orden que constituye todo el espectáculo de una jornada».¹⁸

18 *Ibid.*